

## Habitar la crisis. La forma de lo residual

INHABITING THE CRISIS. THE FORM OF THE RESIDUAL

*Sofía San Martín Moreno*

Universidad de Chile

<https://orcid.org/0000-0002-0189-2368>

[sanmartinm.sofia@gmail.com](mailto:sanmartinm.sofia@gmail.com)

RESUMEN: La presente reflexión gira en torno a la pregunta por la forma de la crisis del Antropoceno, interrogándose de esta manera acerca de su dimensión estética. Como premisa, se propone que el acto mismo de dar forma es a la vez un acto de creación residual: si la forma es un orden, o si el orden lo es a partir de una suerte de pureza de contornos, entonces la crisis es la manifestación del residuo, una acumulación de fragmentos que emergen para irrumpir y ensuciar lo que se puliera con tanto esmero. ¿Cuáles son las formas residuales del Antropoceno? ¿Es acaso el Antropoceno, por excelencia, la época-crisis en tanto época de producción y acumulación de residuos? La crisis ecológica en América Latina se habita entre paisajes extractivistas y desperdicios acumulados, en un estremecedor juego de abundancias y carencias. Ciudades enteras crecen en torno a vertederos, sitios que suelen preceder a sus habitantes, quienes se encuentran entonces en la evidente condición de humano-residual. La crisis es allí una experiencia cotidiana, dando forma al habitar de los márgenes: a ese mundo que no hace mundo porque no ensambla, no coliga, porque es más bien un inframundo, un inmenso residuo del mundo. Preguntarse por las formas de habitar la crisis permite pensar un afuera del primer –único– mundo, una esfera que se agota sin fin.

PALABRAS CLAVE: forma, crisis, residuo, habitar, antropoceno.

**ABSTRACT:** The present reflection deals with the question about the form of the Anthropocene crisis, thus questioning its aesthetic dimension. As a premise, it is proposed that the very act of forming is at the same time an act of residual creation: if forming is an order, or if the order is based on a kind of purity of contours, then the crisis is the manifestation of the residue, an accumulation of fragments that emerges to burst and contaminate what was polished with such care. What are the residual forms of the Anthropocene? Is the Anthropocene, *par excellence*, the epoch-crisis as a time of production and accumulation of waste? The ecological crisis in Latin America is inhabited between extractivist landscapes and accumulated waste, in a shocking game of abundance and lack. Entire cities grow around dumps, sites that usually precede their inhabitants, who then find themselves in the obvious condition of human-residual. The crisis is a daily experience there, forming the inhabitation of the margins: to that world that does not make a world because it is not assembled, it does not collide, because it is rather an underworld, an enormous residue of the world. Wondering about the ways of inhabiting the crisis allows us to think of an outside to the first –only– world, a sphere that is endlessly exhausted.

**KEYWORDS:** form, crisis, residual, inhabiting, anthropocene.

## LAS FORMAS DEL HABITAR

La pregunta por las formas del habitar es escurridiza: hay en ella una primera dificultad, relativa al posicionamiento en una escala de observación. Es decir, lo que nos intriga no se reduce simplemente a cómo se ve la forma en que habitamos sino desde dónde se ve. Pareciera que ese “cómo” depende, ineludiblemente, de la distancia con que se mire. La forma se dibuja diferente en el juego *zoom-in/zoom-out* –basta con caminar por una ciudad y luego tener la oportunidad de mirarla desde la ventanilla de un avión–. Lo mismo ocurre con las crisis: su visibilidad es factible, o no, dependiendo de la escala de observación. Hay crisis que, desde cierta distancia, no se ven. En ocasiones, se toma distancia de ellas para no verlas, y así poder decir después, con propiedad, que no se las vio venir<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> “No lo vimos venir” fue una frase recurrente de diversos actores políticos en

Esperamos aquí tener el acercamiento suficiente, no solo para observar ciertas crisis, sino además para preguntarnos por su forma, que no es otra cosa que la forma de la habitualidad que dibujan. Es necesario precisar que no entendemos la crisis como una ruptura, o como la fractura de un orden, sino más bien como una experiencia cotidiana para un conjunto cada vez más numeroso de seres humanos, quienes encuentran en las situaciones críticas contemporáneas el modo de la vida misma, habitando en ellas. De allí la relevancia de vincular la forma de la crisis con la forma del habitar, comprendiendo el habitar a la manera heideggeriana, es decir, como el modo en que los mortales somos en la tierra (Heidegger 129). Sin embargo, entender la crisis como una experiencia cotidiana no significa que debemos aceptar ni justificar, tal como señala Cordero, la estabilización de sus consecuencias negativas como una condición normal y, por ende, tampoco implica asumirlas como una nueva normalidad (4).

La premisa que sostiene esta reflexión es que todo habitar humano tiene una forma. Preguntarse por esa forma ha conducido a pensadores como Sloterdijk a concluir que donde hay humanos “surgen globos habitados, abundantes o estacionarios, que en cierto sentido son más redondos que todo lo que puede dibujarse con círculos” (*Esferas I* 22). Esta es la principal propuesta de la trilogía *Esferas*, forma que representa la idea de creación de espacio interior: atmósferas autógenas que permiten la reproducción de la vida humana en una proyección placentaria, inmunitaria. Se trata de un vitalismo geométrico que pretende explicar la supervivencia de lo humano —el animal fracasado—, frente a un exterior siempre amenazante.

La identidad humana esférica que nos presenta Sloterdijk se sostiene sobre una matriz binaria que, además de oponer interior contra exterior, reproduce la escisión esfera y naturaleza: esfera es, según

---

el contexto del llamado “Estallido social” o “Revuelta” de octubre del 2019 en Chile, expresión que ha vuelto a resonar a propósito del triunfo del Rechazo a la Nueva Constitución escrita por la Convención Constituyente, órgano elegido democráticamente para este propósito. El triunfo del Rechazo ocurrió en septiembre de 2022.

el propio Sloterdijk, otro nombre para mundo, siendo este mundo redondo una barrera placentaria que impide vivir la naturaleza como una inmediatez (*Esféras I* 54). Las esferas tienen a lo humano como propósito. Las prácticas inmunológicas para la creación de estas atmósferas son nombradas por Sloterdijk como antropotécnicas, definidas muy brevemente como mejoras del mundo y mejoras de uno mismo, es decir, automejoras que devienen segundas naturalezas o nuevas disposiciones de la capacidad humana (*Has de cambiar* 475). En resumen, las antropotécnicas son artificios para protegerse de una “primera” naturaleza inclemente tanto allá afuera como aquí adentro, esa todavía presente animalidad interior (Sloterdijk, *Has de cambiar* 504).

La domesticación de lo humano también es retratada por Sloterdijk como un jardín. En estricto rigor, los jardines son espacios cultivados, “recintos cercados<sup>2</sup> donde coinciden plantas y artificios” (*Has de cambiar* 26). Pueden estar compuestos por vegetación selvática, boscosa, o incluso desértica; ejemplares extraídos de sus lugares propios –sus hábitats– para ser plantados en una tierra que recrea sus condiciones de manera artificial, situados en un orden que los ensambla, los coliga y les otorga un propósito. Al igual que en los jardines vegetales, el orden artificial garantiza en los jardines humanos la supervivencia de los individuos, así como también otorga sentido a sus vínculos, creando de esta manera “el” todo: un diseño, una apariencia cohesionada que nos hace olvidar, por un momento, la complejidad y la fragilidad de la vida en común (Cordero 5). Sloterdijk incorpora el orden a su reflexión estética al establecer como criterio definitorio de la forma su pureza de contornos unida a la estabilidad, cuestión que se expresa de manera más o menos evidente en la imagen del cerco, en lo cercado como el límite vital de un jardín (*Esféras I* 40-41). ¿Qué implicancias tiene esta definición de forma al pensar sobre la dimensión estética del habitar humano? ¿Cómo se habita cercada/cerradamente? ¿Es acaso el cerco una inmunidad posible?

<sup>2</sup> Como lo indica Clément (7), la palabra jardín viene del alemán *Garten*, que significa recinto cerrado.

Gilles Clément, en su *Manifiesto del Tercer Paisaje*, afirma que “todo ordenamiento genera un residuo” (12). En los territorios, el desarrollo del orden se traduce en cercos: una disposición binaria, un adentro y un afuera, luz y sombra. La forma del orden ha sido establecida en sus contornos por quienes se han cercado desde dentro contra el afuera. Pero, de manera inesperada, este cercar crea consigo múltiples espacios residuales, cuya característica principal es la de ser-en-fragmentos: ni luz ni sombra, son más bien espacios indecisos que carecen de nombre, encontrándose desprovistos de función alguna: “¿se trata de un olvido del cartógrafo, de una negligencia del político?” (Clément 9).

Clément no solo está hablando de la disposición de las ciudades como principal resultado de la actividad antropogénica y su acelerada expansión como un fenómeno de antropización planetaria, sino que también se encuentran dentro de esta categoría de lo cercado las reservas naturales, espacios definidos por lo humano para lo no-humano. Esta visión coincide con el argumento de Donna Haraway contra la política de parques nacionales y reservas, respecto de la cual critica su “estatus de lo auténtico, lo intocable, en la condición alocrónica y alotópica de la inocencia” (Haraway, “La promesa” 126). A fin de cuentas, las reservas lo son en función de la humanidad, ejercen un rol en reproducir la escisión cultura/naturaleza. Los residuos, en cambio, como fragmentos restantes del orden, no son ni ciudad, ni campo, ni reserva: se constituyen, más bien, como un tercer paisaje, un refugio para la diversidad que está exento de cualquier clase de decisión humana (Clément 6). Pero, y aunque sea paradójico pensarlo, ¿acaso este fenómeno no ocurre también al interior de lo humano? ¿Es que no existen adentros y afueras humanos, reservas para humanos y humanos residuales? ¿No es que hay grupos humanos cuyo destino no ha sido pensado ni decidido por nadie?<sup>3</sup> ¿Puede haber vidas humanas

<sup>3</sup> Tal como afirma Margaret Archer: “genéricamente la sociedad es aquello que nadie desea en la forma exacta en que la encuentra y, sin embargo, ella resiste los esfuerzos individuales y colectivos de transformación –no necesariamente permaneciendo inalterable, sino cambiando para transformarse en algo que no se adecua al ideal de nadie” (30).

que, resultantes de cierto orden social, devengan residuo inesperado, habitando formas indefinidas y fragmentarias?

El residuo escapa al diseño al mismo tiempo que irrumpe en él, lo perturba. Pero una perturbación no es una crisis, necesariamente. Las crisis, tal como las estamos abordando aquí, son perturbaciones incesantes acumuladas: tienen la particularidad de hacerse visibles solo cuando la saturación es insostenible. Quizás por eso las confundimos con estallidos y las narramos como si fueran cortes en una línea temporal. “Antropoceno”, por ejemplo, es un concepto que busca nombrar un corte en la historia planetaria, a falta de una palabra más pertinente para dar cuenta de ese exceso de nosotros mismos que ha devenido saturación insostenible. Antropoceno habla entonces de una época-crisis o, que para el caso es lo mismo, de la crisis como manifestación del residuo a escala planetaria.

Las imágenes que grafican este fenómeno son múltiples, pero quizás una particularmente elocuente a escala local/global sea el vertedero de ropa en el Desierto de Atacama: toneladas de mercadería textil desechada proveniente de Europa, Estados Unidos y Asia son depositadas en el desierto más árido del planeta, en el límite con Alto Hospicio, una de las comunas más pobres de Chile. Este espacio dice suficiente en su condición liminal: un poblado expuesto a la inclemencia de una tierra hostil, ubicado entre un acantilado y un desierto. El comienzo de su constitución actual se remonta a 1986, cuando, todavía bajo la dictadura militar de Augusto Pinochet, se erradicó a un grupo de familias de una toma en la ciudad de Iquique y se las desplazó a la periferia (Guerrero 22). Literalmente expuesto a la intemperie, este grupo de familias logró habitar en los márgenes, hacer suya la hostilidad de esa tierra a la que fueron arrojados por fuerzas militares, habiendo sido ellos mismos tratados como hostiles. Décadas después, el refugio que lograron construir a pesar de la aridez y la inaccesibilidad se ha convertido en una ciudad con más de cien mil habitantes, quienes siguen expuestos –nunca han dejado de estarlo–, pero ahora a la intemperie de la montañosa sobreproducción de la industria de la moda a escala planetaria, importada desde el

norte global. Este accidente geográfico antropizado se suma a otras intemperies, como la pobreza, el creciente asentamiento del crimen organizado y el abandono estatal.

Solo el abandono puede explicar que esta crisis de décadas se haya hecho visible nada más que un par de años atrás, quizás porque ya no había distancia suficiente que impidiera ver la escala de la catástrofe. Paradójicamente, las grotescas montañas de ropa a veces surten de abrigo a los inmigrantes que han atravesado el desierto, logrando llegar a Alto Hospicio para establecerse, temporal o definitivamente, en un lugar que en ningún caso ha sido cercado ni ha llegado a constituirse en una esfera. Los hilos de esta crisis son múltiples y se entretajan de maneras caóticas e inesperadas porque no responden a ningún diseño: ni urbano, ni industrial, ni humano. Más bien, su relación con el diseño es en tanto residuos, restos excluidos para hacer posible una forma imaginaria de la que han quedado fuera:

Allí donde hay diseño, hay residuos. Una casa no está realmente acabada hasta que se han barrido por completo los restos no deseados de la obra. Cuando se trata de diseñar las formas de convivencia humana, los residuos son seres humanos. Ciertos seres humanos que ni encajan ni se les puede encajar en la forma diseñada (Bauman 46).

La forma entendida como contornos puros, es decir, como orden, da cuenta de un habitar que puede ser traducido como el habitar de los establecidos<sup>4</sup>, de los que son-en-el-mundo –en una clave distinta a la heideggeriana–. El mundo es aquí un fenómeno de interioridad espacial claramente contorneada y con pretensiones de estabilidad. Lo habitan los de adentro haciendo el adentro, actualizando el adentro para generar permanentemente un afuera de sí. El espacio no es solo una categoría material, es también simbólica. Los establecidos son los que tienen la capacidad de cercar(se). Estas son categorías móviles, en cierto grado relativas, porque la categoría de mundo no coincide con

<sup>4</sup> “Los establecidos” es una expresión usada por Sergio Rojas en su escrito “Un tiempo enfermo de tanto “darse cuenta””.

la de un globo unitario. Sin embargo, sus cercos han sido —y siguen siendo— claramente constituidos, haciendo que el mundo afuera del mundo sea residual, deviniendo inframundo, no-mundo. Resta, queda en un fondo indescifrable. En este sentido, el habitar de los que no logran establecerse resulta informe: son-en-fragmentos y no se cierran en sí mismos, no pueden hacerlo. Aunque Sloterdijk afirme que donde hay humanos hay esferas, sería un delirio desconocer que hay grupos humanos que permanecen en la intemperie, habitando en o siendo constituidos como exterioridad amenazante. Pero estar en el afuera no significa necesariamente devenir otredad absoluta: el otro absoluto también está cercado, aunque sus límites no hayan sido necesariamente autoimpuestos. Entonces, ¿cómo pensar a los establecidos y a quienes han quedado indefinidos, afuera?

A propósito de la pandemia, Sergio Rojas propone a los habitantes de la intemperie como aquellos que han sido expulsados de la interioridad de su espacio, ya sea por hacinamiento o por soledad (“Un tiempo”). Ellos, dice Rojas, no tienen lugar en el mundo. Miles habitan en guetos verticales, otros miles habitan en tomas de terrenos; tantos más extienden los límites urbanos en torno a escombreras y vertederos. Todos, absolutamente todos, habitan los márgenes, en la evidente condición de humano-residual<sup>5</sup>. ¿Qué es lo común a todos ellos, si es que acaso esta pregunta es todavía pertinente? A modo de hipótesis, estableceremos aquí que un habitar residual es un habitar fragmentario, precario, cuya característica fundamental es la imposibilidad de creación de espacio interior, de intimidad, de inmunidad entendida en los términos propuestos por Sloterdijk. Pero también, en el Antropoceno, es fundamental considerar la progresiva extensión de esta condición a un conjunto cada vez mayor de la población humana.

El mundo, en la forma cercada que aquí se ha definido, se ha hecho más pequeño; sus márgenes, en cambio, han devenido un inmenso residuo. ¿Cómo se habita en la explosión demográfica de los

<sup>5</sup> Me gustaría rescatar aquí el concepto del “hacinado” en juego con el concepto de “proletariado” utilizado por Las Tesis en su Manifiesto contra la Violencia Policial, realizado en 2020.

espacios sin mundo? Tomando la expresión de Bauman, “el planeta está lleno”, diremos que está desbordado de fragmentos, así como de humanos que habitan residualmente, irrumpiendo en el proyecto de pureza esférico, haciendo crisis (15).

## LAS FORMAS DE LA CRISIS

La forma de la crisis debe ser capaz de traducir el lleno y el colapso, conceptos también desarrollados por Rojas para pensar este tiempo del fin que nunca termina de llegar (*Tiempo sin desenlace* 21). En esta búsqueda, retomaremos la pregunta planteada por los sociólogos Rodrigo Cordero y Aldo Mascareño: “¿qué forma tiene una crisis?” (10). Visibilizando la forma de la crisis, podremos ver también la forma de habitares no esféricos, no cercados, y las posibilidades de inmunidad –o no– que allí se dibujan.

Ciertamente, una primera imagen para la crisis se relaciona al desbordamiento o, como lo indican estos autores, al rebalse: una suerte de saturación por repetición, un exceso para los sentidos (Cordero y Mascareño 17). Como goteras que no cesan hasta deformar el suelo donde caen, o como miles de pasos en el pavimento dirigiéndose en múltiples direcciones, constituyendo un mismo paisaje sonoro.

En el año 2016, el Núcleo Milenio Modelos de Crisis, iniciativa de Cordero y Mascareño, levantó el Laboratorio Arte Crisis (LAC) en Santiago de Chile. Esta instancia reunió a científicos y artistas para pensar en posibles formas de modelar este concepto –de aquel encuentro emergieron las imágenes recién mencionadas–. Entre estas experiencias, cuenta también la de Manuel Tironi, sociólogo que estuvo realizando un trabajo etnográfico en Puchuncaví, zona de sacrificio ambiental en Chile. Allí plantea la pregunta: “¿cómo darle sentido a un conjunto de procesos bioquímicos, afectivos, epistémicos y políticos que no ocurren en la modalidad del acontecimiento?” (Cordero y Mascareño 47).

A partir de esta interrogante, me atrevo a decir que las crisis contemporáneas son hiperobjetos: fenómenos tan profundos y deslocalizados, que para conocerlos se hace necesario modelarlos –precisamente, este es el desafío que plantean los sociólogos a los científicos y artistas del LAC–. Timothy Morton define el concepto de “hiperobjeto” a través de tres características fundamentales: viscosidad, no-localidad y ondulación temporal, a los que también se agregan las fases y la interobjetividad (*Hyperobjects*). En términos de las crisis contemporáneas, podemos decir que son viscosas porque, aunque actuemos indiferentemente ante su presencia, estamos embadurnados de ellas, se nos adhieren de cualquier manera actuando a través de múltiples manifestaciones: en la evasión en el transporte público, en el aumento del precio de la bencina, en la congestión vehicular, en una marcha de secundarios, en una ola de calor, en una vivienda mínima, en la contaminación atmosférica, en un centro de salud saturado, en una pandemia, en una guerra en otro continente. ¿Cómo pueden estar todos estos eventos relacionados entre sí? ¿Acaso siquiera lo están? O, más inquietantemente, ¿cómo podrían no estarlo? ¿Puede realmente ser alguno de ellos, separadamente, la crisis en sí? “Viscosidad” es una palabra para describir aquello que Morton también llama una proximidad amenazante: no hay cotidianidad que pueda permanecer invicta a esta lista interminable de situaciones (*Hyperobjects* 28). Hoy, estar en una crisis es habitarla, es nuestro actual modo de ser en la tierra –el modo de la crisis–, de manera que, como también señala Morton, ya no podemos estar seguros de dónde estamos (*ibid.*). ¿Qué tan fuerte debe ser el cerco que delimite, en estas condiciones, una esfera de inmunidad?

Las crisis también son no-locales porque son irreductibles a un lugar específico –nuevamente, ¿dónde estamos?–. Sería incomprendible separar la crisis socioecológica que está ocurriendo en Chile, por ejemplo, de esta misma crisis en términos regionales, ni al estado de esta cuestión a escala planetaria. Tampoco podríamos situarla, específicamente, en ninguno de los eventos aquí ya ejemplificados: ni en el pasajero que no pagó el metro, ni en el aumento del precio de la

bencina, ni en la congestión vehicular, ni en una marcha estudiantil, ni en días de cuarenta grados Celsius, ni en el aire irrespirable, ni en un hospital colapsado, ni en una pandemia, ni en una guerra particular. Todas las manifestaciones locales de las crisis contemporáneas, analizadas en profundidad, terminan por ser relativizadas en los límites de su espacio-temporalidad. En este sentido, tal como lo indica Morton, no-local significa que lo local es una abstracción: un acontecer fragmentario de algo mucho más indeterminable, algo que viene pasando masivamente en tiempo y espacio (*Hyperobjects* 47).

Las crisis son no-locales porque sus expresiones situadas carecen de sentido si son simplemente traducidas –tomando la expresión ya citada de Tironi– en la modalidad del acontecimiento. Esto se relaciona con lo que el propio Morton también ha denominado “fases”: indicios de un fenómeno inconmensurable que son capturados, precariamente, por el equipo destinado para ello, ya consista este equipo en nuestros propios sentidos o en los dispositivos que, con tanto esmero e innovación, seguimos diseñando para conocer aquello que el cuerpo humano –¿en sí?– no puede.

Las crisis presentan también una ondulación temporal. Con este concepto, Morton caracteriza a los hiperobjetos con magnitudes temporales exacerbadas respecto de la escala humana individual, temporalidades que a su vez no son regulares ni uniformes (*Hyperobjects* 58). Si bien Morton está pensando aquí en la magnitud del calentamiento global o en la persistencia milenaria del poliestireno, es evidente que ciertos fenómenos de lo social, como las crisis, tampoco son reductibles a la escala de una vida humana individual, ni siguen patrones regulares y predecibles –como si el propio calentamiento global o el poliestireno milenario no fuesen fenómenos, en primer lugar, sociales–.

La comprensión de la crisis como hiperobjetos sociológicos se hace todavía más elocuente al comparar las características generales de los hiperobjetos desarrolladas por Morton con las características de las crisis contemporáneas identificadas por Cordero y Mascareño.

A saber: su universalidad dada por la conectividad, la instantaneidad y la homogeneidad de las estructuras sociales, a través de las cuales se reproducen condiciones de opulencia y de miseria a nivel global. Con universal nos referimos, entonces, al hecho de que cualquier crisis otrora considerada local tiene hoy “potencialidad de mundo” (Cordero y Mascareño 79), o mejor dicho, y en relación con la lógica que aquí he propuesto, potencialidad planetaria: sería obtuso desconocer que la opulencia del barrio alto chileno es cada vez más parecida a la de las clases acomodadas del norte global, así como también sería complejo negar que los riesgos de vida para las poblaciones aledañas a refinerías de petróleo son similares en Quintero-Puchuncaví como en el “corredor del cáncer” en Luisiana. Estos ejemplos no buscan invisibilizar las relaciones históricas de desigualdad que allí se despliegan sino, por el contrario, comprender las estructuras y dinámicas generales imbricadas en los procesos locales de subalternización. La potencialidad planetaria yace, en definitiva, en la habitualidad que se dibuja en cada uno de estos ejemplos.

La universalidad también se observa en la autoorganización y la escala de las situaciones críticas, cuyo flujo de información desborda la capacidad de procesamiento de dispositivos técnicos e instituciones sociales (Cordero y Mascareño 81). ¿No es, acaso, esta universalidad una manera sutil para describir esa magnitud extrema, impensable, en la que consiste la crisis a escala global? ¿Qué es la crisis, en tanto hiperobjeto, sino una suerte de fundamento de lo que ahora podemos llamar historia planetaria?

## HABITAR EL ANTROPOCENO

Por supuesto, el marco de este modelo de crisis es el Antropoceno. Las crisis en el Antropoceno adquieren la cualidad de hiperobjetos porque resultan de estrechas imbricaciones, muchas veces inesperadas, entre unos objetos y otros. Esto es lo que Morton llama interobjeti-

vidad: un remedo crítico a la intersubjetividad antropocéntrica que proviene de su posicionamiento en la Ontología Orientada a Objetos (OOO) (*Hyperobjects* 81). “Antropoceno” es un nombre para la crisis con estatus de hiperobjeto, la escala también reafirma su condición de época-crisis.

Debo confesar que el Antropoceno, como concepto, es difícil de digerir, aunque concuerdo con la necesidad de nombrar este particular momento en que la historia ha devenido historia planetaria. Tampoco me parece que su contrapropuesta crítica, el Capitaloceno, sea más apropiada. Ambas maneras de nombrar contienen el problema esencial de la persistencia del sujeto, de lo humano ya no como humanidad, sino como especie o como modo particular de organización de algunos grupos de esta especie; conservando el protagonismo de su propio destino y del destino del planeta, aunque esto ocurra a nivel del problema, de la solución o de la huida interplanetaria.

Sin embargo, y a falta de una mejor manera de nombrar, diremos que habitar la crisis es habitar en el Antropoceno<sup>6</sup>. A pesar de ser inseparable de la cuestión global, como ya se ha dicho, esta crisis adquiere matices particulares en economías extractivistas como las que imperan en América Latina, territorio acostumbrado a pensarse fragmentariamente, desde los márgenes de Occidente. ¿Cómo se habita la sequía? ¿Cómo coexisten humanos y otredades no-humanas en torno a un relave minero, un relleno sanitario o una termoeléctrica? ¿Qué condiciones materiales y qué afectos sostienen la permanencia de pobladores vecinos a una refinería de petróleo? ¿Cómo resisten las comunidades de la selva y de los bosques a los discursos acusatorios sobre el desaprovechamiento de tierras productivas, con la constante amenaza de expropiación para la explotación? Algunas de estas

<sup>6</sup> Hasta que se nos ocurra un nombre mejor. Donna Haraway propone el nombre “Chthuluceno” como una alternativa para descentrar al sujeto, a lo humano como protagonista de los sucesos que se entrelazan en este periodo (*Seguir con el problema* 61). Vale precisar que el Chthuluceno no es propuesto como una salida al Antropoceno, sino como una forma de pensar este periodo de transformaciones que es un “pensar con” interespecie, lo que ella llama “pensamiento tentacular”.

preguntas no han tenido cabida en el “primer mundo”, al menos no todavía. Otras ya han comenzado a resonar, especialmente aquellas vinculadas a eventos extremos: olas de calor, inundaciones, megaincendios, eventos frente a los cuales no ha habido cerco-inmunidad posible. El Antropoceno es el resultado de un tipo de diseño humano proveniente de una identidad esférica, pura de contornos, que habita a costa de o en contra del afuera, este afuera que no puede hacer más que devenir residuo. Los habitantes de los márgenes de Occidente han tenido que lidiar con las consecuencias de un extractivismo sin memoria que ha alimentado la opulencia de los establecidos en términos identitarios. Pero ya hemos dicho que los residuos no hacen otra cosa que multiplicarse. Citando a Clément, “la antropización planetaria en constante crecimiento conlleva la creación de residuos cada vez más numerosos y de conjuntos primarios cada vez más reducidos” (23)<sup>7</sup>. Ya no hay centro, sino múltiples centros disminuidos, como las poliesferas que Sloterdijk (*Esferas III 23*) propone en la imagen de la espuma. Ya no va quedando mundo, sino múltiples mundos que se interconectan, dejando innumerables espacios fragmentarios entre sí. Eso sí, nuestra atención no está en las burbujas interconectadas, sino en los intersticios. Los espacios residuales y los habitantes de esos espacios son un fenómeno que se acrecienta en la medida que se profundiza el proyecto (poli)esférico, y con profundizar me refiero a los cercos que se refuerzan para sostener la inmunidad de algunos, los –cada vez más exclusivos– establecidos.

La crisis que habitamos no es una interrupción, ni una fractura localizable, determinable y reparable para el restablecimiento del orden; sino, en un primer momento, el rebalse de la esfera humana en la Tierra, la antropización planetaria como un hiperobjeto en el que estamos inmersos y que, desde toda perspectiva, nos excede. Pero, también es la multiplicación de grupos humanos que no tienen lugar en el mundo, que son en fragmentos. Esta es la esfera desbordada de

<sup>7</sup> Por “conjunto primario”, Clément se refiere a los territorios que conservan la mayor biodiversidad del planeta y que han sido poco intervenidos por la actividad humana, sin haber sido declarados reservas (16).

sus propios residuos, fenómeno que posee una traducción espacial, material y simbólica. Por ello, necesitamos pensar el espacio, y la única manera de pensar el espacio es cuestionando su forma. Sostengo aquí que no todo habitar humano es en esferas, que el habitar de los no-establecidos contiene su propia forma, que no ha sido del todo visualizada a causa de la redondez identitaria del pensar. ¿Cuál es la forma de los residuos? ¿Qué formas se gestan en los márgenes del mundo? ¿Cómo se vive la intemperie?

### TRES HIPÓTESIS SOBRE LA FORMA DE LOS RESIDUOS

#### *Primera hipótesis: la malla*

A propósito de la crisis climática, Morton (*Hyperobjects* 128-129) afirma que estamos frente a la posibilidad de darnos cuenta de la interconectividad entre lo humano y lo no humano, lo vivo y lo no vivo, aventurándonos entonces a una nueva forma de “ver” la (co) existencia<sup>8</sup>. Esta posibilidad se presenta, fundamentalmente, ante la imposibilidad actual de diferenciar el mundo –el primer plano de la humanidad– de un segundo plano: la naturaleza expresada en el clima. El clima, que parecía ser un ente más del escenario natural, se convierte en protagonista de la cotidianidad, rompiendo así la ilusión sobre el

<sup>8</sup> Morton recurre a la fórmula “la existencia es coexistencia” (*The Ecological Thought* 4), mientras que Sloterdijk plantea que la coexistencia precede a la existencia bajo la premisa “ser-uno-en-otro” (*Esferas I* 536). La sentencia sobre la cual cada uno propone su tesis sobre la forma del habitar –la malla en Morton y la esfera en Sloterdijk– es prácticamente la misma. La diferencia radica en el acento antropocéntrico del segundo respecto de la propuesta sobre interconectividad de los entes de la tierra en el primero, todos ontológicamente objetos. En ese sentido, la forma del habitar parece estar supeditada al problema de lo humano como identidad. ¿Qué es ser humano en un planeta cuyo destino es indistinguible al de la especie? De allí que la huida interplanetaria cobre pleno sentido: solo separando el destino de lo humano del destino del planeta podemos sostener la condición de sujeto y, con ello, la reproducción de una forma propiamente –inmunitariamente– humana del habitar.

fondo: estamos en un mismo plano con cualquier otro objeto que existe. No hay elementos secundarios, todos somos objetos. De esta forma, lo humano pierde su singularidad como revelador de sentido en un mundo que se diluye, precisamente, porque la distinción entre planos deja de ser pertinente: “No tenemos mundo porque los objetos que funcionaban como escenario invisible se han disuelto” (Morton, *Hyperobjects* 104). Estamos en el exterior, expuestos y desprotegidos. De allí las preguntas que comienzan a resonar en todas las esferas: ¿cómo inmunizarse de una ola de calor, de una lluvia torrencial, de la desertificación? ¿Hacia dónde arrojar la basura que el mar y el viento devuelven? ¿A qué universo derivar las chatarras espaciales de la órbita terrestre? La intemperie, un afuera tormentoso, es entonces todo lo que hay. Pensando en este afuera, Rojas se pregunta:

Pero si la realidad ha devenido una vasta exterioridad del tamaño del planeta, ¿no sería más adecuado pensar que solo ha quedado el afuera? Acaso el mundo no sea un territorio común a los seres humanos, sino más bien de la negación del territorio. ¿Puede el hogar tener el tamaño del planeta? (“Bajo el mundo” 3).

El afuera, o la interconectividad de todos los objetos en un único plano es lo que Morton denomina malla *–mesh–*. La malla se diferencia de la red *–network–* o del tejido *–web–* por ser una forma caótica y no biocéntrica de interconectividad (Morton, *The Ecological Thought* 29). En la malla, las interconexiones no son armónicas ni integradas, no hay un centro, sino múltiples centros, en tanto cada punto de la malla es igualmente relevante. La malla no está tejida por una forma de vida, por eso no es una telaraña: la interconectividad desdibuja los límites entre lo vivo y lo no vivo, y evidencia en ello una continuidad. En la malla, todo es potencialmente significativo: cada acción cotidiana individual y pequeña, multiplicada por miles de millones, puede tener consecuencias catastróficas a escala global. Si bien la malla se configura como una forma posible del habitar humano ante el agotamiento de la esfera, diluyendo los límites identitarios

que configuran conceptos como humanidad y vida, deja abierta la pregunta por el resguardo: ¿Cómo protegerse frente a la inclemencia? ¿Cómo crear un espacio íntimo en la intemperie, un hogar? ¿Qué tipo de inmunidad puede hallarse en formas no-esféricas del habitar? ¿Es siquiera posible una inmunidad no-esférica?

### *Segunda hipótesis: fractal*

A partir de su trabajo en el Laboratorio Arte Crisis, Cordero y Mascareño proponen la forma de la crisis como un fractal: pequeñas crisis parecen tener la misma forma que grandes crisis, y las situaciones críticas fuera de control presentarían una estructura multiescalar, donde se revela un problema dentro de un problema, y así sucesivamente. En este sentido, las crisis se ramifican; es decir, se constituyen a partir de una serie de bifurcaciones que las multiplican y les permiten existir de manera simultánea. Sin embargo, a pesar de la simultaneidad, interdependencia y diferencia de escalas, las crisis pueden presentar invariantes como, por ejemplo, el efecto dominó, que ocurre cuando una cosa impacta a otra en direcciones múltiples y caóticas:

En el terremoto chileno de 2010 hubo un colapso del 70% de la red eléctrica del país, lo que puso fuera de línea el sistema de comunicaciones y la red de agua potable, con todas las consecuencias para la coordinación de rescates y los efectos sanitarios que eso implica. La falta de procedimientos claros para casos de terremoto y tsunami produce desplazamientos no regulados que abren oportunidades de robo en zonas abandonadas, mientras otros aprovechan la ausencia de fuerza pública para el saqueo en el comercio (Cordero y Mascareño 82).

En términos del habitar y de la forma del espacio, podríamos decir que esta hipótesis sobre la dimensión estética de la crisis es similar a la malla propuesta por Morton, donde el colapso de una cosa tiene

consecuencias inesperadas, que parecen no dejar de multiplicarse: el fractal, inicialmente propuesto, termina transformándose en una malla caótica que no obedece patrones. A mi juicio, este modelo permite comprender muy bien cómo se configura una crisis descontrolada, desencadenada por un evento: una catástrofe. Sin embargo, en el caso de la habitualidad de la crisis —que no ocurre como acontecimiento sino proceso— no se revela del todo su forma clausurada, aquella que se configura cuando el proyecto esférico cierra todo horizonte de posibilidad. Por ejemplo —y para que quede claro a qué nos referimos aquí con “clausura”—, en la respuesta recibida cada vez que se justifica el sacrificio sostenido de un territorio y de sus habitantes para la reproducción de la vida moderna, frente a la imposibilidad de visualizar otra forma. Esta es la respuesta que han escuchado por décadas los habitantes de las zonas de sacrificio en Chile: Quintero-Puchuncaví, Coronel, Mejillones, Tocopilla y Huasco, territorios que solo en los últimos años han recibido atención concreta de los gobiernos chilenos, pero cuyas poblaciones humanas continúan intoxicándose por los metales pesados y gases contaminantes presentes en el aire, en el agua y en la tierra (Vivanco 1). Los desechos de la industria residen en sus cuerpos, al igual que en los territorios que habitan. A pesar del abandono institucional sostenido, muchos de estos habitantes no se han ido, unos porque no quieren, otros porque no pueden. No tener dónde ir es la expresión máxima de la clausura, la intemperie. ¿Qué forma tiene el habitar de los grupos humanos que coexisten con las industrias y la intoxicación? ¿Qué tipo de inmunidad es la que hace posible la cotidianidad de esas vidas humanas? En este sentido, Cordero y Mascareño comprenden la crisis como un ejercicio de desarticulación de criterios normativos sobre la realidad que permite la apertura de nuevos mundos posibles. Es paradójico hablar de apertura en la clausura, y de mundo en los fragmentos. Quizás, para conocer las formas que se gestan al habitar la crisis, cabe preguntarse cómo se vive esa clausura, qué ensamblajes son posibles todavía en territorios yermos, heridos, y cuáles son los vínculos que aún permiten cierto grado de inmunidad, de creación de espacios

de resguardo para la supervivencia. Una inmunidad que no es una atmósfera autógena separatista, sino que emerge de un juego difícil entre confinamiento y contaminación.

### *Tercera hipótesis: ensamblajes precarios*

La clausura también es abandono. Desde la esfera, el abandono es puro desamparo, es devenir residuo. Sin embargo, el abandono es siempre el abandono de alguien hacia otro, otro que entonces se ve repentinamente liberado. Una tierra abandonada es una tierra libre, también. Recordemos que Clément acuña el concepto de tercer paisaje para referirse a aquellos “espacios indecisos, desprovistos de función” (9), territorios marginales y dispersos que se constituyen como refugio para la biodiversidad, rincones despreciados por la maquinaria de explotación a causa de su agotamiento o inaccesibilidad. En el abandono, los fragmentos son refugio de lo inesperado. Aunque Clément esté hablándonos sobre las posibilidades para los habitantes no-humanos de esos territorios, ¿puede el habitar la crisis devenir en habitar refugios fragmentarios, residuales, para lo humano también? ¿Puede constituirse este habitar en una nueva forma de habitar humano no autógeno, desprovisto del propósito de reproducirse a sí mismo, una y otra vez, contra la exterioridad? Propongo que el habitar la crisis es el habitar en los ensamblajes precarios. “Ensamblaje precario” es la definición de Donna Haraway para la articulación (“La promesa” 150). Este es el habitar humano de quienes construyen una biblioteca comunitaria en una villa asentada en torno a un vertedero, o de quienes habilitan un comedor solidario para cocinar las ollas comunes que alimentarán a sus vecinos. Es también el habitar de quienes se apropian de un terreno baldío para cultivar comida, o de quienes protegen una quebrada para que lo no-humano se establezca y habite. Es, en definitiva, el habitar de los que construyen pequeños refugios en la intemperie.

La malla y el fractal son formas elocuentes para describir la magnitud de la interconectividad planetaria y, con ello, la forma de la crisis global. Sin embargo, creo que no se puede pensar a partir de estos modelos la cuestión de la inmunidad. Con inmunidad no me refiero al cerco protector, ni a una trinchera desde la cual combatir la amenaza, sino la posibilidad misma de vivir-con lo amenazante. Si vamos a seguir con el problema, en la manera que lo plantea Haraway, deberíamos preguntarnos cuáles son las formas del habitar de los márgenes, ese habitar que es posible a pesar de su condición de residual, en y no contra la intemperie. Aquí no hay pretensiones de estabilidad, ni conexiones absolutas, esféricas, totales. Los ensamblajes precarios son contrarios al holismo de encontrarnos conectados a todos y a todo lugar. El habitar de la crisis es un habitar situado, local y global a la vez, en tanto las conexiones que tenemos hacen pertinentes o no esas categorías. En palabras de Haraway, “nada está conectado a todo, todo está conectado a algo” (*Seguir con el problema* 61). Estos ensamblajes no configuran totalidades, no hacen burbujas, más bien se despliegan en espacialidades hiperbólicas que trazan conexiones multidireccionales sin dejar de crear refugios entre trazo y trazo. Los trazos, que son los vínculos que tenemos con los otros, son una forma fluida de inmunidad.

## REFERENCIAS

- ARCHER, MARGARET. *Teoría social realista. El enfoque morfogenético*. Santiago de Chile, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2014.
- BAUMAN, ZYGMUNT. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona, Paidós, 2005.
- CLÉMENT, GILLES. *Manifiesto del Tercer Paisaje*. Barcelona, Gustavo Gili, 2007.

- CORDERO, RODRIGO. *Crisis and Critique: On the Fragile Foundations of Social Life*. Nueva York, Routledge, 2017.
- CORDERO, RODRIGO Y ALDO MASCAREÑO. *Estéticas de la crisis. Modelos de mundos posibles*. Santiago de Chile, Recrea Libros, 2017.
- GUERRERO, VÍCTOR. “De parcela a comuna. La producción de espacio social en Alto Hospicio”. *Revista Ciencias Sociales*, núm. 5, 1995, pp. 18-41.
- HARAWAY, DONNA. “La promesa de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles”. *Política y Sociedad*, núm. 30, 1999, pp. 121-163.
- \_\_\_\_\_. *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao, Consonni 2019.
- HEIDEGGER, MARTIN. *Conferencias y artículos*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994.
- MORTON, TIMOTHY. *The Ecological Thought. United States of America*. Cambridge, Harvard University Press, 2010.
- \_\_\_\_\_. *Hyperobjects. Philosophy and Ecology after the End of the World*. Mineápolis, University of Minnesota Press, 2013.
- ROJAS, SERGIO. “Bajo el mundo hay un planeta”. *Revista Cuatro treintatrés*, núm. 2, 2019, pp. 36-47. Disponible en: <https://sergiorojas.cl/wp-content/uploads/2020/05/Bajo-el-mundo-hay-un-planeta.pdf>.
- \_\_\_\_\_. *Tiempo sin desenlace*. Santiago de Chile, Sangría Editora, 2020.
- \_\_\_\_\_. “Un tiempo enfermo de tanto ‘darse cuenta’”. *Palabra Pública*, 2022. <https://palabrapublica.uchile.cl/2022/04/26/un-tiempo-enfermo-de-tanto-darse-cuenta/>
- SLOTERDIJK, PETER. *Esferas I*. Madrid, Siruela, 2017.
- \_\_\_\_\_. *Esferas III. Espumas. Esferología plural*. Madrid, Siruela, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Has de cambiar tu vida*. Valencia, Pre-textos, 2013.

VIVANCO, ENRIQUE. “Zonas de sacrificio en Chile: Quintero-Puchuncaví, Coronel, Mejillones, Tocopilla y Huasco. Componente industrial y salud de la población”. Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, Asesoría Técnica Parlamentaria, 2022. Disponible en: [https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/33401/1/BCN\\_Zonas\\_de\\_sacrificio\\_en\\_Chile\\_2022\\_FINAL.pdf](https://obtienearchivo.bcn.cl/obtienearchivo?id=repositorio/10221/33401/1/BCN_Zonas_de_sacrificio_en_Chile_2022_FINAL.pdf)

Recepción: 30-09-22

Aceptación: 18-05-23